



la entrevista

EVA MILLET



Meiselas, retratada ante algunas de las fotografías que forman parte de la exposición retrospectiva de su obra que acoge la Fundació Tàpies hasta el 14 de enero

Le gusta describirse como fotógrafa, a secas, y decidir siempre por libre qué historia quiere contar. Puede hacerlo tanto en Nicaragua como en Ciudad Juárez o en Nueva York, donde reside. La denuncia de las injusticias, en especial hacia las mujeres, es una constante en una carrera trufada de galardones. Presidenta de la Fundación Magnum, Susan Meiselas estuvo recientemente en Barcelona para presentar una retrospectiva de su obra en la Fundació Tàpies.

Su compañera en Magnum, la fotógrafa Inge Morath, la describió como “una amazona con conciencia social”. ¿De dónde surge esta conciencia?

Creo que toda conciencia social es una respuesta a tu entorno, a los tiempos en los que vives. En mi caso, mis padres me enseñaron que teníamos una responsabilidad con la comunidad, pero hay dos periodos de la historia americana que probablemente modelaron mi manera de pensar en los sesenta: la lucha por los derechos civiles y el movimiento de liberación de la mujer. Sin olvidar los movimientos estudiantiles, por supuesto.

SUSAN MEISELAS, FOTÓGRAFA

“No escogí fotografiar la brutalidad; me la encontré y respondí a ella”

Estudió Educación Visual en Harvard. ¿Siempre tuvo claro que quería dedicarse a la fotografía?

No. Me di cuenta de que quería ser fotógrafa bastante tarde. Cuando estudié, no me dediqué específicamente a la fotografía: aprendí a fotografiar más en la calle que en la clase, la verdad.

Pero algo aprendería en una universidad como Harvard...

El máster que hice allí fue de los primeros en proporcionar una alfabetización visual y en empezar a hablar de conceptos como la aldea global, de Marshall McLuhan, que es lo que estamos viviendo ahora.

Fue en ese periodo cuando hice mi primer proyecto: *44, Irving Street*, donde retraté a los vecinos de la casa de huéspedes donde vivía. Después, les obsequié con una copia a cada uno y les pedí que escribieran cómo se veían. Para mí la fotografía era como un regalo para la gente a la que fotografiaba, no para el público.

¿Cuándo decidió que también podía ser una herramienta de denuncia?

Más que denunciar, me gusta la idea de revelar otras realidades. Es lo que hice con la serie *Carnival strippers*, a principios de los setenta, en la que retraté y entrevisté a

mujeres que se ganaban la vida haciendo espectáculos de striptease en fiestas de pueblo. Me interesaba el ángulo psicológico y económico de ese mundo, hacerlo más visible.

Sus imágenes suelen ser duras, brutales incluso. No ha elegido una fotografía fácil. ¿Por qué?

No escogí fotografiar la brutalidad. Me la encontré. Y tuve que responder a ella. En 1978 me fui a Nicaragua, donde se vivía una auténtica tormenta política; un conflicto social que evolucionó en una insurrección armada contra la dictadura de Somoza, que nadie esperaba. Después, fui a El Salvador y de nuevo, la brutalidad de la que fui testi-

go allí fue enorme. Pero una vez te topas con ella, en medio de la vida cotidiana, se impone al resto de las cosas. No hay elección.

De su etapa en Nicaragua destaca *Cuesta del Plomo*. Es un cadáver en una naturaleza exuberante; de hecho son unas piernas de las que emerge la espina dorsal. ¿Ha necesitado terapia después de ver cosas así?

Creo que he sufrido estrés posttraumático antes de saber que existía el estrés posttraumático... Sí, esa imagen es terrorífica. Ahí no se trataba de encontrar el ángulo adecuado sino de ver cómo confrontaba ese horror. Esa fotografía no se publicó



ANA JIMÉNEZ

CUARENTA AÑOS DE CARRERA

Susan Meiselas (Baltimore, 1948) forma parte de la historia reciente del fotoperiodismo. Su cobertura de las crisis de Centroamérica en los setenta y ochenta (en especial, Nicaragua y El Salvador) la convirtió en una celebridad de este género. Sin embargo, ya antes había sido invitada a unirse a la agencia Magnum, por su serie *Carnival strippers*. La explotación de la mujer, la violencia doméstica y las violaciones de los derechos humanos son algunos de sus temas recurrentes. En más de cuarenta años de carrera ha trabajado en el Chile de Pinochet, el Kurdistán iraquí, los clubs de sadomasoquismo de Nueva York y las selvas de Papúa. Ganadora de numerosos galardones, como la medalla de oro Robert Capa, en 1976; el premio Fundación Hasselblad (1994) y la medalla de las Artes de Harvard (2011), su obra ha protagonizado numerosas exposiciones. La de Barcelona, en la Fundació Tàpies, es una de las retrospectivas más completas. Comisariada por Carles Guerra y Pia Viewig, podrá verse hasta el 14 de enero del 2018.

en la prensa, pero siempre consideré que tenía que hacerla. Y he vuelto al lugar: hoy allí hay una pequeña cruz blanca, una evidencia de que algo sucedió, que es lo importante.

¿Considera que no publicar esa imagen en la prensa es una forma de censura?

En ese momento se consideró que era demasiado para el público. Luego se incorporó a una exposición colectiva de Magnum, que viajó por varios países. En algunos, no se mostró; en otros, sí. Una cosa es hacer una fotografía, pero otra es ubicar esa fotografía. Ello implica, por supuesto, pensar a qué público va dirigida. *Cuesta del Plomo* fue la imagen más importante del libro que publiqué sobre Nicaragua y siempre forma parte de exposiciones como esta de Barcelona. Para mí es clave para entender lo que pasaba en el país y el porqué de la insurrección popular.

¿Alguna vez se ha dicho: “No, esto no lo voy a fotografiar; es demasiado”?

Sí, por supuesto. Pero sigo creyendo que la fotografía tiene un papel fundamental como evidencia. Por ejemplo, en un caso como El Salvador, donde se ha tardado décadas en iniciar procesos judiciales, las imágenes que hice de la masacre de

El Mozote siguen siendo relevantes, son una prueba de que eso sucedió. El proceso sigue abierto.

¿Es por eso que suele volver a los lugares que fotografió?

Sí, porque sucesos como estos no acaban de cerrarse nunca. La fotografía puede tener un efecto inmediato, puede reflejar lo que sucede, pero también sirve para rectificar aspectos de la justicia social, lo que requiere mucho más tiempo. No soy tan naif como para creer que la

“La fotografía puede reflejar lo que sucede, pero también sirve para rectificar aspectos de la justicia social”

“Que a la mujer no se la tome en serio puede ser una ventaja, pasas inadvertida y puedes actuar de otro modo”

fotografía puede cambiar el mundo, pero sí creo que puede tener un impacto.

A menudo ha sido usted la única mujer en el terreno. ¿Cómo se siente una?

A veces, sola. Centroamérica es una sociedad machista, pero el machismo también se daba en los medios de comunicación: en 1976, en mi país, las mujeres estábamos segregadas en la asociación Nacional de Prensa, por ejemplo. Aunque ya he dicho antes que el hecho de que a las mujeres no se nos tome en serio puede ser una ventaja, porque te prestan menos atención, pasas inadvertida y puedes actuar de otra manera.

¿Cuando entró, qué relación había entre las fotografías de Magnum?

Cuando me invitaron a unirme, en 1976, éramos bastantes mujeres: Eve Arnold, Inge Morath, Marilyn Silverston... Luego entró Martine Franck. Éramos casi un veinticinco por ciento del equipo. Tengo muy presente a Inge Morath, que murió en el 2002; hemos creado un premio en su nombre para fotógrafas jóvenes. Inicativas como esta son el mejor legado que podemos dejar, que Magnum inspire y apoye a mujeres que quieren dedicarse a este oficio.

¿Por qué es importante que haya mujeres en este campo?

Es importante tener una perspectiva femenina de las cosas. No creo que sea más importante que la masculina; simplemente, tiene que existir. Pero la clave es captar la máxima diversidad de voces, no solamente mujeres. Como presidenta de la Fundación Magnum, eso es lo que tratamos de hacer: la diversidad debe ser una prioridad.

En la agencia fotográfica más prestigiosa del mundo debe haber muchos egos, ¿cómo lo lleva?

Soy una persona bastante tímida y al principio me costó mucho aportar mi opinión al colectivo de Magnum. Recuerdo las primeras reuniones, con tanta gente, como algo un poco durillo. Me recuerdo mirando a Eve Arnold y a Inge Morath, que eran más veteranas y ya habían desarrollado sus estrategias para expresar sus opiniones. Inge lo hacía a menudo con el humor. Y el liderazgo de Eve fue muy importante para nuestra posición en la agencia.

¿Cree que hoy, con la avalancha de información e imágenes que se reciben cada día, la gente está inmunizándose? ¿No se horroriza ya por nada?

Es interesante porque hace ya unos veinte años hablábamos de la “fatiga de la compasión”, de la desensibilización debido a un exceso de imágenes. Yo no uso ni Facebook ni Instagram y no bombardeo el mundo con mis fotografías, pero sí creo que las imágenes todavía nos impactan.

Hoy todo el mundo tiene una cámara en el teléfono, ¿cree que eso hace que su trabajo sea menos importante?

Espero que todavía, como fotógrafos profesionales, seamos relevantes a la hora de contar lo que pasa. Ya no nos invitan a fotografiar fiestas de cumpleaños, pero todavía tenemos un papel. O al menos eso espero. Pero para eso tenemos que ser más innovadores y más autocríticos.



el gusto es mío

CRISTINA JOLONCH



VICENÇ LLURBA

En la Catalunya rural viven un millón de mujeres

Día de la mujer rural

Entre tanto día internacional de casi todo, hay fechas como el 15 de octubre, dedicado a la Mujer Rural, que acaban pasando desapercibidas. Igual que tantas otras efemérides (nada que ver con el invento del día de la croqueta, del táper o del café descafeinado), hacerle un hueco en el calendario por lo menos una vez al año a las mujeres en el mundo rural es un modo de sensibilizar, en este caso sobre una parte de la población que en muchos lugares sigue viviendo en la invisibilidad, la pobreza y la desigualdad de oportunidades. Y a la vez que sirve para recordar todo lo que aún queda por hacer, permite mostrar aquello en lo que se ha ido avanzando. Y ese fue uno de los objetivos del encuentro ayer en el Palau de Pedralbes, donde mujeres de Catalunya, País Vasco y Alemania debatieron sobre cómo comunicar lo que están haciendo en su entorno del campo o de la pesca.

La cita sucede a la que la con-

sellera de Agricultura, Ramadería, Pesca i Alimentació, Meritxell Serret, organizó en Tàrraga este verano. Fueron las primeras jornadas de trabajo de mujeres del mundo rural con el objetivo de incrementar su presencia en los lugares de representación y de toma de decisiones, como cooperativas, cofradías de pescadores u organizaciones profesionales agrarias.

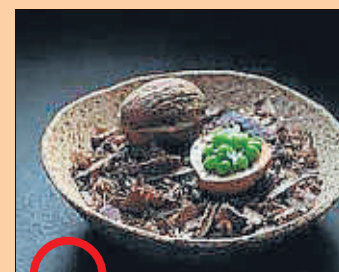
En la Catalunya rural –85 % del territorio– viven un millón de mujeres, titulares de un tercio del total de 56.000 explotaciones agrarias. Muchas son jóvenes que están poniendo en marcha interesantes proyectos de turismo rural y mejorando la calidad de las producciones. Según la conselleria, muchas tienen una dificultad de conciliación laboral superior a la de sus congéneres en la ciudad: ellas dedican al trabajo doméstico 5 horas y 31 minutos (el hombre 1 hora y 48 minutos) mientras que en la ciudad 4 horas y 25 minutos ellas y 2 horas y 28 minutos ellos.

una mesa para...

EDUARD XATRUCH

COMPARTIR (CADAQUÉS) Y DISFRUTAR (BARCELONA)

Considerado por muchos el mejor de Australia, destaca por ofrecer un ambiente realmente agradable. El chef, Ben Shewry, presenta en su menú degustación gran variedad de productos autóctonos australianos, bajo un estilo de cocina que marca personalidad y que también cuenta con influencias nórdicas. La presencia vegetal, buena parte del propio huerto, es notable. Attica es una buena forma para conocer los productos del país bajo la visión de un gran cocinero.



Attica
74 Glen Eira Road Ripponlea, VIC
Melbourne (Australia)
Tel. 3185 (+61) 3 9530 0111